

operarían la metamorfosis; ni cuáles, finalmente, los medios de acción aptos para iniciar la enorme tarea reconstructora. Esto no arguye nada contra la posibilidad de que un grupo de jóvenes sustente las más hermosas y mejor sentidas aspiraciones de acción renovadora. Pero si pretende afirmar que la labor de la juventud se vuelve prontamente ineficaz y hasta amenaza tornarse regresiva si sólo apoya su desarrollo en un co-

nocimiento lírico de las profundas realidades de la vida social.

El leguleyismo, que se respira en nuestro ambiente con el polvo de la calle, no conseguirá sacar a la juventud del atascadero de la retórica política. Y el derecho mismo, cuando se estratifica en los moldes de la rutina burocrática, no consigue poner el espíritu de la juventud en fecundo contacto con las fuentes superiores del pensamiento redentor.

Pero no por eso dejará de tener cierto interés el que jóvenes de vida limpia, sin pecado de ambición in-noble, sin complicidades en los des-aciertos que ha sufrido el país, quiera preocuparse por agitar una bandera de entusiasmos... siquiera para solaz de los politiqueros.

EL PASAJERO

Alajuela y setiembre.

Plaza en noche de fiesta

En la plaza de barrio que en esta noche buena luce un candor risueño de fiesta popular, melancólicamente mi espíritu se llena de nostalgia por cosas que quisiera olvidar,

ya que no pueden nunca volver de la distancia a que las puso el tiempo cuando me las quitó... Plaza en noche de fiesta: recuerdo de mi infancia... ¡Triste es que de recuerdos empiece a vivir yo!...

Tumulto y vocerío llenan la plaza de una alegría que cunde, pero que no entra en mí: de mano de mi padre, tuve yo la fortuna, hace ya muchos años, también de estar aquí;

y en medio del tumulto veo pasar su sombra... y el vocerío se hace silencio sepulcral, en que una voz tan sólo, después de que me nombra, me pregunta:—Hijo mío, ¿te estás sintiendo mal?

Y cuando le respondo:—Ya estoy bien, padre mío: no turbes por mis cosas la paz de tu ataúd...— la respuesta se ahoga dentro del vocerío con que por sobre mi alma pasa la multitud...

Y arrastrado recorro la plaza, en donde en filas frágiles mesas fingen casillas de ajedrez: ventas son de juguetes, que hacen en mis pupilas florecer el remoto jardín de la niñez...

Los juguetes pintados con tan vivos colores (¡oh explosión de amarillo, de azul y de carmín!) se ofrecen a mis ojos como si fuesen flores que Dios me envía desde su celeste jardín...

¡Oh soldados de plomo, caballos de madera, señoritas de loza rellenas de aserrín!

Vuestra mentira es dulce... ¡Cómo también lo fuera toda esta farsa inútil que nunca tiene fin!...

Y la chiquillería pasa cantando en coro... ¡Y me parece entonces qué triste mi canción!... Y hasta mejor que todas las trompetas de oro suenan las infantiles cornetas de latón...

Con la filosofía de mi nostalgia llevo, paso a paso, hasta donde vueltas da un carousel, al són de un organillo... Mirándolo me ciego, como si me sintiese dando vueltas en él;

y es porque en mi cabeza siempre loca de alturas, a un són de lira, como vértigo musical, el zodíaco hace que sus doce figuras giren dentro de un lindo carousel de cristal...

Súbito, hasta las nubes serpiente de luz vuela silbando, poseída de lúbrico estertor; y sin dejar que acabe de borrarse su estela, rompe en un brusco estrépito... y deshoja una flor.

Pincel mágico traza, sobre la oscura tela de la noche, bocetos de fugaz resplandor... Ya la fiesta concluye... Pienso que cada abuela dice al nieto:—En mi barrio, la fiesta era mejor...

El castillo de cañas se enloquece de luces... La tela de la noche tiembla bajo un pincel... Hay estrellas que giran, rayos que se hacen cruces, orquídeas de brocado, pájaros de oropel...

Y cuando la corona del castillo en el viento zumba y hasta las nubes emprende su ascensión, la sombra de mi padre torna a cruzar... y siento que hasta las nubes quiere saltarme el corazón!

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Negros venenos de la mala vida.
¡Te estás muriendo, Juventud!
Herida en carne tierna;
caída silenciosa...
Cuando no es tiempo todavía,
y antes del vuelo de alegría,
te estás muriendo ¡Juventud!

Viene en la noche desde el alma
la voz augusta, adolorida,
la amarga voz querida,
del muerto Carlos Baudelaire.

¡Ay! los albatros prisioneros;
niveas aves marinas,
en las cubiertas de los barcos
rompen sus alas divinas.

Vigilia

Oh Juventud, oh Juventud:
túnicas rotas de impotencias;
coronas, (flor y espinas de demencias)
y por oscuras sendas de inquietud.
¡Cuánto nos dueles, Juventud!

Cuando lleguemos al descanso,
ya no tendremos paz ni amor:
la noche sopla viento helado;
pasan jaurías de la muerte
y huyen despavoridamente
nuestros consuelos de vivir.

Y cuando llega el alba clara:
Madre de Luz, Madre de Luz,

su voz rosada en nuestros ojos muere,
con los venenos del dolor.

Negros venenos de la mala vida.
¡Te estás muriendo, Juventud!
Herida en carne tierna;
caída silenciosa...
Cuando no es tiempo todavía,
y antes del vuelo de alegría,
te estás muriendo ¡Juventud!

A. BAZÁN

Lima, 1925.

Los artículos que no lleven indicación de donde se han tomado, deben considerarse como envío directo de sus autores a este semanario.